

ESPERANZA PUENTE

ROMPIENDO EL SILENCIO

Testimonios de mujeres que
sufrieron un aborto provocado

LIBROSLIBRES

LIBROSLIBRES

Santa Engracia, 18, 1.º Izda.
28010 Madrid (España)
Tlf.: 34-91 594 09 22
Fax: 34-91 594 36 44
correo@libroslibres.com
www.libroslibres.com

Los derechos de autor de este libro serán destinados a financiar la ayuda que la Fundación REDMADRE presta a la mujer ante cualquier conflicto surgido por un embarazo imprevisto.

- © 2009, Esperanza Puente
- © 2009, Fundación REDMADRE
- © 2009, **LIBROSLIBRES**

Diseño de cubierta: © Rudesindo de la Fuente

Primera edición: marzo de 2009

Depósito Legal:
ISBN: 978-84-92654-00-0

Composición: Francisco J. Arellano
Coord. editorial: Miguel Moreno
Impresión: COFÁS
Impreso en España – Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

ÍNDICE

PRÓLOGO, por Cristina López Schlichting.....	11
YA NO ESTOY SOLA.....	15
«NO TE PREOCUPES, NO TE VA A DOLER»	25
ESCRIBIR DERECHO CON RENGLONES TORCIDOS.....	29
EN LA CLÍNICA DATOR.....	35
CONCIENCIANDO A LOS MEDIOS	47
ROMPER LA LEY DEL SILENCIO.....	61
«ESE NIÑO NO ES MÍO. SI NO TE DESHACES DE ÉL, CONMIGO NO CUENTES».....	71
«¿PERO QUÉ LE PASA A TODO EL MUNDO? ¡ES DE MIS HIJOS DE LO QUE ESTAMOS HABLANDO!».....	77
«DESPUÉS DEL ABORTO COMENZÓ MI VERDADERO INFIERNO: ALCOHOL, PROZAC E INSOMNIO».....	81
¿AUTONOMÍA?	95
JULIANA (Y MARILYN)	101

SALIR ADELANTE.....	111
PADRES FRUSTRADOS.....	121
LOS HOMBRES TAMBIÉN LLORAN	131
ABORTO Y DEMOCRACIA.....	137
¿MÁS ABORTO?	143
EL ABORTO QUE VIENE.....	149
EN LA SUBCOMISIÓN DEL CONGRESO.....	159
LA FUNDACIÓN REDMADRE	169

*A mi madre,
una mujer adelantada a su tiempo,
valiente y emprendedora,
que supo adaptarse a las circunstancias
sin perder el sentido común.
Gracias por tu amor y generosidad.*

PRÓLOGO

Lean este libro, por favor. Depende de ustedes que lo que aquí hay escrito se conozca y divulgue. Esperanza Puentes ha dado el tremendo salto entre su intimidad lacerante y la escena pública para que el mundo sepa del infierno por el que pasan las mujeres que abortan. Ella ha padecido vergüenza, miedo, escarnio; ahora nos toca a nosotros coger el testigo. Hay libros que merecen la pena por un estilo literario refinado; otros son curiosos o divertidos y los hay, en fin, que reflejan minuciosamente un aspecto de la realidad, sea un país, una tradición o una receta. Este texto es del tercer tipo, pero no refleja una geografía ni una cultura, salvo la cultura de la muerte y la geografía del horror. Las mujeres que aquí cuentan su testimonio narran algo cuidadosamente oculto hasta ahora en nuestro país: el calvario de las clínicas, el síndrome post aborto, el desprecio social, la soledad. Cien mil mujeres abortan anualmente en España. Nuestro país se ha convertido en una referencia internacional del turismo abortista. Todas se ponen en peligro, todas sufren, muchas

no se recuperan jamás. Es la crónica de un fracaso colectivo sobre el que sólo se pronuncian aquellos que, por razones ideológicas, económicas o políticas prefieren ver arruinada la vida de una mujer a plantearse alternativas.

Conocí a Esperanza Puente el día en que vino a contar su caso a mi programa vespertino de COPE. La suya no era una historia de marginalidad ni miseria. Hija de una familia de clase media y excelente reputación, se ha quedado embarazada dos veces como madre soltera, circunstancia que no tiene nada de casual: muchas de las víctimas del aborto buscan nuevos embarazos para compensarse del primer trauma. Es un mecanismo endiablado pero humanísimo. Éste y otros muchos detalles nos son desconocidos porque de este tema no se habla si no es para alabar la eliminación de los «embarazos no deseados». De Esperanza me sorprendieron su cabeza perfectamente amueblada, su discurso directo, nada ideológico, y el profundo trabajo realizado sobre su persona después de tanto sufrimiento. El día en que relató su caso en antena los oyentes nos brearon a llamadas. Están ustedes ante los secretos más íntimos de una mujer que tuvo que llamar «Julia» a su segundo hijo para poder hacer el duelo por su muerte y recuperarse del golpe.

Éste no es un libro más, lector. Es un libro que te desvela parte de tu realidad social. Un libro con cuya lectura empiezas a cambiar el mundo porque contribuyes a que se conozca un infierno escondido. El testimonio de Esperanza —precioso nombre— ya ha servido mucho. Entre otras cosas para que distintas mujeres abandonen la idea de abortar y den a luz a sus hijos. También para que otras hablen por fin de lo que les aconteció hace años y les sigue destrozando el corazón. Finalmente, para romper el círculo de exclusión que toda una localidad, la del pueblo que la vio nacer, trazó en su momento

en torno a ella: los vecinos han tenido que rendirse ante la evidencia de un valor y una humanidad poco comunes.

Hay aquí datos históricos interesantes sobre el aborto, como el hecho de que fueron el comunismo ruso, en 1920, o el nazismo alemán, en 1935, los primeros en permitirlo y legislarlo. O reflexiones sobre la batalla lingüística que ha hecho posible la victoria social de las tesis abortistas y que consiste, por ejemplo, en llamar «embarazo no deseado» al embarazo imprevisto o «derechos reproductivos» al aborto. Pero el valor fundamental de este libro es testimonial. Lo que aquí se cuenta les ha pasado a estas mujeres y hombres (porque también los hombres padecen el aborto), personas que años después no pueden abrazar a sus sobrinos porque recuerdan a sus hijos perdidos, o que van a los parques a mirar niños de la misma edad que hubiesen tenido los suyos. Personas con depresiones, ansiedad, sentimiento de culpa, insomnio, ahogos nocturnos, incapacidad sexual, angustia. Personas con un antes y un después.

Quien hoy en día tiene el placer de conocer a Esperanza Puente no puede imaginar que fue, durante años, «arisca, triste, asustadiza, hipersensible», que se autolesionaba y despreciaba.

Ahora, cuando gracias a un valor y una sinceridad enormes, Esperanza ha superado el trauma post aborto, se sumerge voluntariamente en el esfuerzo intelectual y moral de recuperar todas y cada una de las páginas de su tragedia para que el mundo sepa lo que pasó ella y pasan cientos de miles de mujeres. Que este esfuerzo no sea baldío, lector. Recorre el texto, asimílalo y pásalo a otros. Regálalo, difúndelo. Que nadie pueda tapar lo que aquí se cuenta.

CRISTINA LÓPEZ SCHLICHTING

YA NO ESTOY SOLA

Tengo un nudo en la boca del estómago, no sé si es la decisión correcta, ¡estoy tan nerviosa! Carmina me dice: «Tranquila, que la presentadora es una mujer estupenda, tendrá cuidado al preguntar». ¡Sí, claro! Eso se dice muy fácil. ¿En qué hora se me habrá ocurrido a mí contar mi testimonio? Y si me ven en el pueblo, ¿qué dirán? Pobre madre, lo que tendrá que volver a sufrir por mi culpa. Voy a tranquilizarme, seguro que hoy domingo nadie ve la televisión.

La mañana era fría, encapotada y con niebla; mi corazón no paraba de latir a toda prisa, parecía que se me iba a salir del pecho. Estábamos esperando el coche que nos iba a llevar al estudio de televisión. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, sólo quería salir corriendo, pero algo en mi interior me decía que debía seguir adelante sin mirar atrás.

Por fin llegó el coche. Carmina y Victoria me decían: «Tranquila, que no estás sola». Sonaron muy bien esas palabras en mis oídos; era lo que necesitaba escuchar. A medida que íbamos avanzando, mi corazón se paraba y se aceleraba,

pero la verdad es que no me sentí sola en ningún momento, a pesar de los nervios.

Cuando conocí la Asociación de Víctimas del Aborto (AVA) poco podía imaginar cómo iba a cambiar mi vida, sobre todo lo que iba a suponer contar mi experiencia y colaborar con mujeres que habían pasado por lo mismo que yo, una supresión violenta del embarazo. AVA, y después la fundación REDMADRE, supusieron para mí una liberación, aprendí a escuchar ayudando y dando voz a tantas mujeres que tienen que vivir sufriendo en silencio porque nadie se interesa por lo que están pasando.

Ya hemos llegado a los estudios de televisión. Ya no hay marcha atrás.

—Buenos días. Pasen y siéntense, por favor.

No podía estar quieta, me levantaba y me sentaba, y así una y otra vez, sin dejar de dar vueltas por la sala. Era una sala sencilla, pequeña, tenía un sofá de dos cuerpos, un sillón de tela suave, bastante acogedora, aunque en esos momentos nada me parecía cómodo, y una mesa de cristal biselado; recuerdo que pensé: «¿Cuántas huellas dactilares habrán tocado esta mesa?», un pensamiento absurdo, lo sé. Pero necesitaba perderme por el espacio, salir de allí por un momento y no rumiar lo que estaba a punto de ocurrir.

De pronto, entró una azafata y nos ofreció un café. Me sobresalté y me apresuré a decir: «¿No podría ser una tila con una tonelada de tranquilizantes?». «Una tila sí, no se preocupe, enseguida se la traigo».

Al rato aparece la presentadora del programa para decirnos cómo se va hacer y lo que nos iba a preguntar. Debíó de reconocer en mi rostro la angustia, se dirigió a mí y me dijo: «Di lo que quieras y lo que sientas, yo te iré preguntando con cuidado, y verás que todo sale bien».

Era evidente que ella sabía de lo que hablaba, supuse que por el programa había pasado gente diferente para contar su propio testimonio. Su voz dulce me tranquilizó un poco.

—Ya pueden pasar al estudio, está todo preparado.

Nos sentamos y nos colocaron el micrófono; en ese momento fui consciente de que ya no había marcha atrás. Pensé que no me vería mucha gente: de todos modos, lo que tenga que ser, será. Fue el primer paso para un cambio radical en mi vida, sobre todo en lo más profundo de mi ser. No dejaba de repetirme: «Tú puedes, tú puedes». Necesitaba convencerme de que podía hablar de algo tan personal, tan íntimo, tan mío.

Hacía muy poco tiempo que mi mente se había abierto para recordar la parte más dura del trauma. Es curioso cómo nuestras mentes se defienden hasta de nosotros mismos. Un mes antes, Carmina y Victoria, ambas colaboradoras de una asociación, me propusieron plasmar mi testimonio por escrito. Comencé a escribirlo una noche, y lo hice de un tirón; escribiendo descubrí, para mi sorpresa, cuánto dolor había escondido en lo más profundo de mi ser para no sufrir.

Durante años sufrí el síndrome post-aborto. Viví tomando decisiones sin ser realmente conciente de por qué actuaba así, ni siquiera pensaba en las consecuencias de mis actos. Los cambios en mi estado de ánimo, las autolesiones psicológicas, la ira contenida estallaron y me desbordaron. Llegué a tal punto, que yo misma me asusté.

He pasado muchos años sobreviviendo a mí misma con un dolor que me rasgaba por dentro, sin comprender por qué me había vuelto arisca, triste, asustadiza, excesivamente sensible ante las cosas que me rodeaban. Mi mente iba por su lado y mi corazón no respondía, estaba agonizando, hundido en el más oscuro de los abismos, sepultado pero no

enterrado. Es curiosa la diferencia, cuando se entierra algo es para siempre; quizás estaba roto en pedazos, era evidente que no latía con normalidad, y dependía de él para controlar mi respiración.

Carmina, entonces como presidenta de AVA, participaba conmigo en el programa, y para mí era muy importante tenerla cerca. Desde que la conocí, por primera vez en mi vida no me sentía juzgada y condenada. ¡Qué importante es no sentirte juzgado por el otro! Todas nuestras acciones tienen consecuencias, aunque nuestros errores nos llevan a juzgarnos a nosotros mismos, y por eso pensamos que los demás harán lo mismo. Cuando toda mujer pasa por una supresión violenta de su embarazo, por las circunstancias que sean, siente la necesidad de contarlo. Sin embargo, el miedo a ser juzgadas, condenadas y despreciadas las hace callar y sufrir en silencio, aun cuando sean capaces de seguir con sus vidas.

Comenzó Carmina hablando de la situación de las mujeres que se enfrentan a un embarazo inesperado en España, de cómo solas, y la mayoría de ellas abandonadas, se ven abocadas a suprimir violentamente su embarazo, siendo esa la única opción que se les ofrece. Ella había perdido a su cuarto hijo en un aborto espontáneo, y había sufrido la pérdida. Su testimonio me ayudó a explicar y a ser consciente de la pérdida del mío, a pesar de la diferencia en los hechos.

Carmina me miró con ternura, mi corazón se tranquilizó y pude continuar con mi testimonio. La presentadora, con voz cálida, se dirigió a mí. Conté cómo sucedieron las cosas; el tiempo se me pasó más rápido de lo que pensaba. Cuando todo hubo terminado, sentí que me había quitado un gran peso de encima. Aquel día marcó un antes y un después en mi vida; por un momento regresé a un episodio concreto de mi pasado.

«Ese mal servirá para hacer mucho bien»

Me encontraba en Toronto, Canadá, y acababa de terminar la eucaristía del Encuentro de Jóvenes con el Papa Juan Pablo II. Tuvimos que andar mucho para llegar a los autobuses que nos llevarían de regreso a los hoteles donde nos hospedábamos. Comencé a caminar, y a mi lado se puso un sacerdote que no conocía; nos pusimos a hablar y acabé contándole mi historia. Cuando ya estábamos llegando, se puso frente a mí y me dijo: «¿Sabes? Ese mal que tú has hecho servirá para hacer mucho bien, y el mundo te conocerá por ello». Yo me reí por dentro, pensando que estaba loco; a quién le iba yo a contar algo así, hasta ese momento sólo lo sabíamos el psiquiatra y yo. Palabras proféticas que se han vuelto realidad, pero en ese momento no podía sospechar siquiera hasta qué punto el mundo me iba conocer por ello.

Una vez finalizado el programa, antes de apagar las luces, la presentadora y Carmina me abrazaron: «Ha salido todo estupendamente, y lo has hecho muy bien». Por unos segundos respiré profundamente y resoplé, con la esperanza de no volver a hacerlo nunca más.

Cuando salimos del edificio me llamó la atención un cuadro que había con tres palomas blancas volando. Aquella imagen tendría un significado que sólo en unos días alcanzaría a comprender.

Regresamos a casa. El coche de la televisión nos llevó al punto donde nos había recogido por la mañana. Hablamos poco, mi cabeza estaba en otro sitio, en mi pueblo. Era domingo y me preguntaba si mi madre había visto el programa; si era así, ¿qué pensará?, ¿qué pasará ahora cuando salga a la calle?, ¿qué le dirán las personas que lo hayan visto? Pobre madre, se tendrá que enfrentar otra vez al qué dirán.

¡Con el daño que puede llegar a hacer! Ya habíamos pasado por ese trago años atrás. Fui juzgada, condenada y humillada por tener a mi primer hijo en soledad. ¿Qué me dirán ahora por no haber tenido a mi segundo hijo?

«El mayor error de mi vida»

Ya está hecho; ahora, una vez más, tenía que enfrentar las consecuencias de la decisión que había tomado. Empecé a preguntarme por qué razón acepté dar mi testimonio públicamente, si era para ayudar a las mujeres que han pasado por ello o estaban a punto de sufrirlo o era por una necesidad tan profunda de contarlo, de gritar al mundo que me vi abocada a cometer el mayor error de mi vida, y que jamás podré olvidarlo. La ley del silencio a la que se somete a las mujeres que sufren una supresión violenta del embarazo es una losa añadida al sufrimiento que provoca este hecho.

Carmina me veía preocupada, y me preguntó: «¿Qué te pasa? ¡Si todo ha salido muy bien!». «Me preocupa mi madre, está sola en el pueblo para enfrentarse al qué dirán. En los pueblos la gente puede ser muy cruel. No me atrevo a llamarla».

Si en el viaje de ida a la televisión iba con un nudo en la garganta, ahora volvía con un nudo en el pecho que me ahogaba. No sabía qué hacer, si llamarla o esperar a que me llamara ella. Decidí esperar. Las próximas horas serían angustiosas.

Cuando llegué a casa, mi hijo me esperaba; me preguntó: «¿Qué tal estás?, ¿cómo ha ido todo?». «Bien», le respondí. Pero rápidamente vio mi cara de preocupación: «¿Qué te pasa?». «Me preocupa la abuela, que está en el pueblo. ¡Ya sa-

bes lo que dirá la gente! Pesa mucho, sobre todo en las personas mayores; yo ya lo sufrí cuando tú naciste». Entonces él, con mucha ternura, me abrazó y me dijo: «No te preocupes, mamá. Que no le digan nada a la abuela ni a ti, ya no estáis solas: yo estoy aquí para defenderos».

No pude reprimir las lágrimas: mi hijo adolescente me estaba consolando y protegiendo. ¡Mi niño grande! No estaba dispuesto a que nos hicieran más daño. Me puse a hacer la comida con el alma en un puño, esperando noticias de mi madre. Nos sentamos a comer, apenas hablamos, el silencio cortaba el aire. Sonó el teléfono, tuve que tragar saliva. Era mi madre, y no pude ni saludarla, me quedé paralizada. Ella, con la voz entrecortada, me explicó que había visto el programa, que le había emocionado y que, sin mirar atrás en el tiempo, había decidido ir a Misa Mayor (en los pueblos es la misa de doce, a la que va casi todo el mundo). No pude contener las lágrimas; recuerdo que pensé: «¡Qué valor! ¡Cómo se le ocurre! Allí no tendrá escapatoria». Me dijo que no estaba dispuesta a esconderse, que no lo había hecho nunca, y si yo había decidido dar ese paso, lo respetaba y me defendería, aun cuando no comprendía por qué lo había hecho.

Mi madre fue una mujer adelantada a su tiempo, inteligente, decidida, con carácter, luchadora, no se detuvo ante nada. Con dieciséis años pudo ser maestra. En los años 50 no era nada usual que las chicas hicieran carreras universitarias. Mi abuelo no dejó que se fuera a la ciudad, era mujer y su destino era casarse. Se casó y se convirtió en una empresaria joven. Mi padre se dedicó a su oficio, era carpintero. Ella llevaba las tareas del hogar, la crianza de los hijos y el negocio. Cuando se quedó viuda, siguió adelante sin mirar atrás, era fuerte y valiente. Era difícil que una mujer joven y viuda sacara sola adelante cinco hijos. Se la miraba con lupa,

todo cuanto hacía era observado al milímetro. Jamás nadie tuvo que decir lo más mínimo de ella. La vi sufrir mucho cuando tuve a mi primer hijo sola, y no quería ni imaginar lo que le tocaría sufrir ahora que había dado mi testimonio en televisión sobre cómo había perdido a mi segundo hijo. Los hijos somos egoístas, y no nos damos cuenta de ello hasta que no somos padres. Mi madre solía decir: «Una madre es para cien hijos y cien hijos no son para una madre».

Ese domingo llegó a misa y observó que había gente que la miraba más de lo habitual. Su corazón estaba inquieto, apenas pudo atender, se le pasó el tiempo pensando en lo que iba a decir según lo que le dijeran. Pero se llevó la sorpresa de su vida. Mucha gente no esperó a que acabase la misa, y en la fila de la comunión le fueron dando palabras de ánimo: «¡Enhorabuena, qué hija tan valiente tienes!».

Mientras me lo contaba se me cayó el teléfono de las manos y tuvo que cogerlo mi hijo; él siguió la conversación con la abuela. Cuando colgó, se acercó a mí y me abrazó. Sin decir nada, estuvimos así un buen rato, y luego dijo: «Mamá, eres muy valiente, y lo que se hace para ayudar a los demás suele salir bien. No te preocupes, yo te apoyo». En esos momentos toqué el cielo. Ese instante rebotó mi corazón de esperanza y felicidad, sin siquiera imaginar lo que me esperaba en el futuro.

Aun así, esa semana estuve inquieta, nerviosa. No era una situación como para presumir, pero la televisión llega a todas partes. ¿Qué pensaría la gente que me conocía que me hubiera escuchado? Por unos días volví a vivir la incertidumbre del posible juicio que harían sobre mí familiares y conocidos. Me emocionó la cantidad de llamadas que recibimos. En esa primera semana las sorpresas no cesaron. Además de las llamadas de felicitación, tres chicas que tenían cita para abortar habían

cambiado de opinión y decidieron tener a sus hijos. Volví a sentirme en el cielo: yo tenía un hijo allí, y la vida me regalaba tres hijos en la tierra. Esa sensación me dejó sin aliento toda la semana. Pero lo mejor estaba por llegar: una de esas chicas quiso hablar conmigo personalmente.